

Jente de tan buen comercio,
 Pues siempre hace falta Baco
 En el sitio en que está Vénus.
 El tal meson parecía
 Ser peaje del infierno,
 Pues era, más que posada,
 De jente *non sancta* templo,
 Refugio de Celestinas,
 Picota de caballeros,
 Red de frágiles virtudes,
 Confesionario de enredos,
 Y tapete de barajas,
 Y gran palenque de entuertos.

Hay en aquella hostería,
 De la entrada á corto trecho,
 Una puerta que conduce
 A un vasto y limpio aposento.
 Sobre ella se vé una imájen
 De Jesús en el madero,
 Que alumbran tres farolillos
 Pendientes del sucio techo,
 Encendidos por la fé
 Del endiablado hostelero,
 Que ántes no echára agua al vino
 Que aceite á los tres mecheros.
 El umbral de aquella estancia
 Huele á glória, pero á infierno
 El aposento trasciende,
 Por ser joya de tal dueño.
 A la sazón en él hablan

y

Dos hombres de vário aspecto:

Frisa el uno en los cincuenta,

Alto, delgado, moreno,

Ojos de buitre, nariz

Aguileña, algo siniestro

Revelando su semblante

Y su sarcástico acento.

Es Gregüela, de Mañara

El solapado escudero;

Y es, el otro, maese Lope,

De aquel meson digno dueño.

Obeso y bajo; de rostro

Ancho, abultado, bermejo,

Parece por su semblante

Retrato fiel de Sileno.

De asuntos del diablo tratan,

Pues Lope, encorvando el cuerpo

Y apoyándose en los nudos

De la mano,

—¡Por San Pedro!

Exclamó. ¿Cuántos vendrán?

—Doce serán á lo ménos.

—¿Beben mucho?

—Mucho beben.

—¿De lo caro?

—De lo bueno.

—¿Traigo naipes?

—Vengan naipes.

—¿Habr  faldas?

—¿Qué os v  en ello?

—Nada   f ; que en tales casos,

Nací sordo, mudo y ciego.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Quedó el escudero á solas,
Pero nó por mucho tiempo,
Pues en el portal, á poco,
Mil carcajadas se oyeron,
Y el aposento llenaron
Rufianes y caballeros.

Cual se eleva la palmera
En el árabe desierto,
Entre aquella turba alegre
Descuella un noble mancebo,
Bizarro por su apostura
Y famoso por sus hechos.
Es jóven, alto y delgado,
Profuso y negro el cabello,
Ojos rasgados y grandes
Y como la noche negros.

Tal es el cabal retrato
Del célebre caballero
Miguel de Mañara, nombre
Que, atravesando los tiempos,
Ha ocupado las leyendas,
Los cinceles y los lienzos.
Los otros que le acompañan
Son alegres compañeros
En reñidas aventuras
Y en amorosos enredos;
Flor y nata de Sevilla,
Por sus nombres y sus deudos;
Y por sus vicios, azote



Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

De nobles y de plebeyos.
Pesadilla de los padres,
De alguaciles escarmiento,
Y terror de los maridos
Y duendes de los conventos.

Alrededor de la mesa
Ocuparon los asientos,
De las botellas al punto
Comenzando el jubileo.
Levántase de la silla
Don Santiago de Acebedo,
Tan dotado de fortuna
Como de instintos perversos,
Y tomando entre sus manos
Un vaso de vino añejo,
Exclamó: ¡Señores míos!
Todos á la par brindemos
Por la causa que nos trajo
A visitar este templo
Del dios Baco, y esta calle
Que es para las honras Dédalo,
—Me teneis con impaciencia,
Dijo Mañara riendo,
Y grande será sin duda,
Pues hace que visitemos
Este lugar, aún más propio
De rufianes y escuderos,
Que de jentiles personas
Que llevan los nombres nuestros.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—La causa sois vos, con flema
Respondióle el de Acebedo.

—¿Qué decís?

—¿Y lo extrañais?

—¡Por Cristo!... ¡Yo no os comprendo!

—Nos dijisteis, no acertábais

A indagar el paradero

De vuestra postrer manceba

Ana....

—¿Y bien?...

—Y suponiendo

Que viva y esté en su juicio,

Profesion santa habrá hecho

De monja.

Mil carcajadas

Se alzaron con loco estruendo,

Y se chocaron los vasos,

Y hubo de brindar un ciento.

—Señores, para nosotros,

Dijo el infame Acebedo

Con aire zumbón y alegre,

Hay dos clases de conventos:

Los de Dios están cerrados;

Los del Diablo están abiertos;

Los del Diablo recorrimos

Y no hallamos nada; luego

Vuestra postrer adorada

Está en los otros conventos.

Calló el jentil orador,

Y los otros, aplaudiendo

Sus frases, con grandes risas,
 No vieron el rostro fiero.
 Con que, al concurso, Mañara
 Altivo impuso silencio.

—Habeis pensado, exclamó,
 Muy pobremente de mí,
 Y me extraña que hasta aquí
 Callar no os hiciera yo.

Ana, llena de sonrojos,
 De mí á ocultarse comienza,
 Porque aumenta su vergüenza
 Cuando la miran mis ojos.

Y eso no viene á probar
 Que yo me encontrase á Ana
 Convertida en cortesana
 De un inmundo lupanar.

Que á la mujer que su honor
 Me dá en un loco momento,
 La mata el remordimiento
 O la asesina el amor.

Las que por mí son queridas,
 Al dejarlas yo olvidadas,
 Quédanse para enterradas,
 Mas nunca para perdidas.

Tan grande mi orgullo es,
 Que al rendir yo sus firmezas,
 Cual gigantes fortalezas
 Las quiero para despues.

—¡Por Dios! dijo el de Acebedo,



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. Q. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Que absorto me habeis dejado,
Y de haberos escuchado
Me huelgo á fé.

—Mi denuedo

Probado está, y mi valor
Jamás, de mi nombre en mengua,
Puesto lo tuve en la lengua,
Sino en mi acero y mi honor.

A la mujer sé adorar,
Y rendirla, y engañarla,
Seducirla y olvidarla,
Pero no la sé ultrajar.

Serán pensamientos vanos,
Mas sé del amor los fueros....
¡Rendirlas, de caballeros!
¡Infamarlas, de villanos!

Calló Don Miguel, y el Diablo,
Quizás celoso de oirlo,
Quiso irritar de Acebedo
El pecho feroz y altivo;
Mas éste, como los otros,
Miraban con ojos fijos,
A la puerta de la estancia,
Do, cual fantasma divino,
Apareció hermosa niña
De indefinibles hechizos.

Reinó un momento sepulcral silencio;
 La niña dijo con doliente voz:
 —¡Mi madre muere; por piedad, hidalgos,
 Una limosna por amor de Dios!
 Mi madre muere abandonada y sola.
 Nadie mi pena alcanza á mitigar.
 Nadie escucha mi voz, ni ve mi llanto:
 Sois nobles, ¡caballeros, caridad!

Fiera tempestad de risas
 A su acento respondió,
 Y si la niña hablar quiso
 Se heló en su pecho la voz.
 —Demandante á tales horas
 Y en tal lugar, exclamó
 El endiablado Gregüela,
 Que estaba de buen humor,
 Es prueba, hermosa tapada,
 Que anduvo el oficio hoy
 Algo esquivo; consoláos,
 Mejora sus horas Dios.
 No pidais por esa anciana,
 Pues juro á fé de varon,
 Que nunca una Celestina
 De hambre en Sevilla murió.
 Enseñad vuestro semblante,
 Que aquí hallaréis ¡voto á briós!
 Quien por pobre os dé un ducado,



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERIA DE CULTURA

Y por hermosa un doblon.
Y diciendo estas palabras
El manto la arrebató,
Un semblante descubriendo
Que enojos causára al sol.
Cayó al suelo de rodillas
La niña, y con triste voz,
—¡Tened piedad! entre llanto
Amárguísimo exclamó;
Al par que los caballeros
Corrieron en confusion
A admirar su gran belleza
Y á darle ayuda y favor.
Llegó ante todos Mañara,
Del suelo la levantó,
Y al tenerla entre sus brazos
Sintió tan fuerte opresion
En su pecho, que su rostro
Cual de nieve se tornó.
Notó Acebedo la súbita
Mudanza de su color,
Y en la mudanza del rostro
Su negra astucia leyó,
Las terribles y profundas
Tormentas de un corazon

Volvió en sí la pobre niña,
Sus lágrimas enjugó,
Quiso salir de la estancia,
Mas la detuvo la voz

De Mañara, que turbado
 Su escarcela le ofreció.
 Bajó los ojos confusa:
 —Guardadla, dijo, por Dios,
 Que la limosna es á veces
 Más que limosna baldon.

Y si entró como fantasma
 Cual sombra desapareció.

—Vinimos buscando á un diablo
 Y un ángel se apareció.
 Vos, Mañara, que en el mundo
 No teneis competidor
 Que os gané á rendir bellezas,
 Porque al fin humanas son,
 Probad vuestra bizzaría
 En un ángel del Señor.
 Yo os señalaré la presa:
 Esa niña.

—Compasion
 Para ella, dijo Mañara.
 —O compasion para vos.
 ¡Por Santiago! ¿quién os dice
 Que vos salgais vencedor?
 —¡Acebedo!

—¡Bravo! ¡bravo!
 Exclamaron á una voz,
 Todos los otros.

—¡Mañara!



JUNTA DE ANDALUCIA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSERVATORIO DE CULTURA